

## Pedro en la alta sociedad (2ª parte)

Maurizio Blondet - 24/09/2006



Detalle del extraordinario cuadro de Rafael «La liberación de San Pedro» (Sala de Eliodoro, Palacio Pontificio, Vaticano)

Hemos visto como Lucio Vitelio, delegado de Tiberio como plenipotenciario para proceder «a un arreglo general del Oriente» (dice Tácito) depuso en Jerusalén al sumo sacerdote Caifas e hizo cesar la persecución judía contra los primeros cristianos.

Prosigamos la cronología del comienzo del cristianismo.

### Año 41 después de Cristo.

Aquel año, y hasta el 44, Roma devolvió a la provincia di Judea la autonomía, bajo el gobierno del tirano local Herodes Agripa. Inmediatamente vuelve la persecución. Herodes hace decapitar al apóstol Santiago, el hermano de Juan, sin duda por instigación del sanedrín. En efecto, los Hechos de los Apóstoles (12, 1-3) recuerdan que en ese mismo periodo Agripa hizo dete-

ner a Pietro, «*viendo que eso agradaba a los judíos*», «*y se puso a perseguir a algunos miembros de la Iglesia*». Jesús había sido crucificado menos de diez años atrás y la Iglesia podía acabar allí. No hay duda de que Agripa tenía intención de matar también a Pedro: quería «*hacerle comparecer ante el pueblo*», el mismo «pueblo» que, instigado por los sacerdotes, había pedido la condena de Jesús.

Pedro, dicen los Hechos, fue liberado milagrosamente por un ángel, mientras dormía encadenado con dos cadenas, en medio de dos soldados: vigilancia estrechísima. En la noche, nuestro pescador va inmediatamente a casa de «*María, madre de Juan llamado Marcos, donde estaban reunidos muchos en oración*»: tal vez la primera reunión clandestina de los perseguidos. Después de saludar a los asombrados cristianos, Pedro «*salió y se fue a otro lugar*». ¿A dónde? Los Hechos evitan decirlo.

Y también Pedro, fugitivo como es, en su primera carta (5,13) emplea un lenguaje convencional, de clandestino. Saluda a «*la comunidad de los elegidos que está en Babilonia, junto con Marcos, hijo mío*». Marcos es el evangelista y secretario suyo; «Babilonia» es sin duda Roma.

### Año 42 después de Cristo.

Así pues Pedro está en Roma. De su presencia en la capital aquel año, «*al comienzo del reino de Claudio*» emperador, hablan muchas fuentes, todas cristianas (Eusebio, Clemente Alejandrino, Jerónimo, Ireneo). Pero hay un motivo preciso por el que Pedro, perseguido por el odio judío, fue a Roma como si fuera el lugar más seguro en que esconderse y no la boca del león. Mejor dicho, dos.

Primero: precisamente entonces Claudio, como dice Tácito, estaba pensando expulsar a los judíos de la capital, como ya había hecho Tiberio en el 19. Al final no lo hizo por el momento (los judíos, «*por su número, no habrían podido ser fácilmente expulsados*», dice Tácito), pero limitó su poder y su arrogancia: «*Ordenó que no se reunieran todos juntos*», explica Tácito. Por consiguiente la *lobby* hebrea (existía ya, como veremos) no podía molestar mucho al pescador. (1)

El segundo motivo, el más importante, se les escapa a los historiadores hipercríticos: en el 42 se hallaba seguramente en Roma Lucio Vitelio, el potente delegado que Tiberio había enviado a Oriente para un arreglo general de los problemas, y que en Jerusalén había impedido la persecución judía contra los cristianos.

### Año 43 después de Cristo.

Que Vitelio gozase de la máxima confianza del nuevo emperador es seguro: de hecho, en el 43 fue cónsul, e incluso Claudio –ausente por su expedición en Britannia– le delegó poderes extraordinarios.

¿Podemos pensar que Pedro estuvo bajo la protección de este importante personaje, al parecer favorable a los cristianos?

Un apócrifo del segundo siglo, los *Hechos de Pedro*, dice incluso que el primer Papa, en Roma, fue huésped en casa «de Marcelo»: y vale la pena recordar que Vitelio, después de destituir a Pilato en Jerusalén (Flavio Josefo, *Antigüedades Judaicas*, XVIII, 89), encargó provisionalmente el gobierno de Judea a un «*amicus*» suyo de nombre Marcelo.

¿Se trata de la misma persona? No podemos saberlo con certeza. Pero lo cierto es que Pedro fue acogido y escuchado, en su primera predicación, no por la plebe sino por la clase dirigente romana.

Tácito (*Anales*, XIII, 32) dice que precisamente en el 42-43 la aristocrática Pomponia Grecina se convirtió a una «religión extranjera», *externa superstitio*, que era sin duda el cristianismo. Ahora, Pomponia Grecina, convertida por las palabras del pescador galileo, era una señora de la más alta sociedad de nobles y políticos: su esposo es aquel Aulo Plaucio que precisamente en el 43 fue general de la expedición a Britannia con el emperador Claudio.

Es más, en la carta a los Romanos, (16,11) san Pablo habla de fieles que están «*en la casa de Narciso*»: que era el más influyente y potente de los libertos en la corte de Claudio.

Y Lucas dedica su Evangelio a un cierto Teócrito que llama *krátistos*, traducción griega de la palabra «*egregius*», «*ilustre*», título reservado oficialmente a los caballeros romanos: la clase ecuestre, la alta burguesía que en Roma estaba sustituyendo a los nobles (senadores) en la administración del imperio, junto a los libertos de alto rango, que eran, de hecho, ministros y administradores imperiales.

El humilde Pedro, y el mensaje de Cristo, fueron por tanto recibidos y hospedados por ministros, altos burócratas y grandes *manager* del Estado, miembros del gobierno imperial: por aquellos «*cesarianis equitibus*» de los que habla Clemente de Alejandría en su *Ipotíposis*.

También Pablo, en la carta a los Filipenses, manda saludos a «*los de la casa del César*» (4,22). No son familiares carnales del emperador, sino dirigentes y funcionarios de la administración imperial, la «*domus*», la corte. A los que Pedro predica. Y a petición de ellos es escrito el Evangelio de Marcos.

### **Año 49 después de Cristo.**

Pedro debe haberse ido de Roma, pero dejando allí a Marcos. Eusebio dice, tomando de los escritos de Clemente Alejandrino, que «*los presentes [a la predicación de Pedro], que eran muchos, invitaron a Marcos, que lo acompañaba y recordaba las cosas que había dicho, a ponerlas por escrito. Así lo hizo y entregó el Evangelio a los que lo pedían*».

De ese mismo texto ha llegado a nosotros una versión en latín: «*Marcus, Petri sectator, predicante Petro evangelium palam coram quibusdam Cesarianis equitibus et multa Christi testimonia proferente, petitus ab his, ut possent quae dicebantur memoriae commendare, scripsit*».

Fueron los caballeros de la corte del César los que animaron a Marcos a escribir el primer Evangelio, para «*poder fijar en la memoria*» lo que había dicho el jefe de los Apóstoles.

¿Y cómo escribió Marcos su Evangelio? Lo dirá Papías, obispo de Hierápolis: «*Marcos, el intérprete de Pedro, escribió con exactitud las cosas que recordaba, pero no con orden, acerca de las palabras y los hechos del Señor. El [Marcos] no había oído al Señor ni lo había seguido, sino que –como he dicho– más adelante acompañó a Pedro. El daba sus enseñanzas según las necesidades, pero no como si recogiera sistemáticamente los discursos del Señor*».



**San Pedro**

Es una exacta descripción del Evangelio de Marcos: escrito sin pretender hacer una historia, citaba fielmente las palabras de Pedro, pero sin orden cronológico.

Todo son inventos, han dicho durante un siglo los hipercríticos: los evangelios no se escribieron sino mucho más tarde, por lo menos en el 70 después de Cristo, probablemente después... Lo han repetido hasta 1972, cuando en las grutas de Qumran se halló un pequeño fragmento de papiro escrito en griego.

Antes de traducirlo y entender de qué hablaba, los arqueólogos –basándose tan sólo en la grafía del texto– lo fecharon antes del 50 después de Cristo. Sólo después se dieron cuenta de que ese fragmento contenía un pasaje del Evangelio de Marcos. Es el célebre fragmento 7Q5. Es la prueba arqueológica que desmiente a los hipercríticos y que da razón a Papías, a Clemente, a Eusebio, demostrando el escrúpulo extremo con que se trasmitía la «tradición», a un siglo o dos de distancia. No se inventaron nada.

### **Año 49 después de Cristo (o 48).**

Es también el año en que Saulo de Tarso empieza a firmarse con el nombre latino, «Pablo». ¿Por qué? Porque el procónsul de Chipre se llamaba Sergio Paulo y había querido conocer a Saulo y

Bernabé, contra el parecer de un mago suyo judío, llamado Bar-Iesus, que tenía una cierta influencia sobre él. El encuentro se transformó en amistad, probablemente en conversión, como se sabe del hijo del procónsul Sergio Paulo en el 70. Y por gratitud Saulo tomó el nombre de su rico bienhechor (los Sergio Paulo poseían inmensos latifundios en Asia Menor); es otra confirmación del vínculo que se estableció entre aquellos judíos, los primeros predicadores, y la alta sociedad de Roma.

No es algo inverosímil, en absoluto. Ante todo, los grandes personajes de Roma no vivían aislados en sus mansiones. Era para ellos un honor el ser «accesibles» (*faciles*), diríamos «democráticos», abiertos a las peticiones de gente de rango inferior: es la institución romana de la «clientela», el instituto itálico, nunca pasado de moda, de la «recomendación»: los de condición humilde y sin poder pedían recomendaciones a los potentes, los cuales los escuchaban y contentaban; es lógico que en cambio exigían de los «clientes» su fidelidad personal: *do ut des*. Una fidelidad que podía llegar a la obligación de participar en la lucha política, y si hacía falta a la guerra civil, de la parte de los dueños.

En Roma, el poder de un *grand commis* se medía por el gentío de clientes que por la mañana se apiñaban delante de su casa para «saludar» y pedir ayudas y favores.

Pero la atención cordial de aquella clase dirigente hacia los humildes galileos tenía fines más eminentemente políticos. Ante todo, era atención hacia un cierto tipo de judíos no hostiles al Imperio: es posible que los grandes de Estado esperaran que la difusión de la nueva fe en Palestina, si se favorecía, pacificase esa provincia siempre rebelde y difícil.

Por lo demás, esa misma clase había protegido, antes que a los cristianos y por el mismo motivo, a los Samaritanos: sustraendolos a las vejaciones del Sanedrín, se había asegurado su fidelidad.

Sin embargo, había otro motivo, más profundo. En la alta política romana, e incluso en la corte imperial, se enfrentaban dos ideologías opuestas, inconciliables: una que podríamos llamar «occidental» y «republicana», y otra que diríamos «oriental» y «monárquica».

Quien quería dar al Imperio la forma de una monarquía –los descendientes y secuaces de Marco Antonio, que se hizo «egipcio» por su relación con Cleopatra– asociaba ésta al concepto de «Oriente», que incluía la divinización del soberano y un estilo de vida «oriental», o sea sin reglas, dándose a la crápula y a los excesos, porque el soberano oriental es un dios y por tanto por encima de toda ley, incluso moral. La ideología de los «occidentales» miraba por el contrario a tener la nueva realidad, que era el Imperio, en el cuadro de la antigua ciudad-Estado, y en el estilo de la «república».

Pues hay que recordar que aquella situación del poder que hoy llamamos Imperio no era sentida entonces como legítima: era el resultado de la guerra civil, el poder supremo de alguien que lo había conquistado con la fuerza de sus legiones privadas. Por eso Augusto se comportó siempre atentamente como un *primus inter pares*, un primero entre iguales, mantuvo el Senado (que le era hostil y que habría podido barrer con los pretorianos) y le tributó honores formales. Juzgó necesario para la paz de Roma mantener, con una alta ficción, la «legalidad» del anterior sistema político, el ya superado de la ciudad-Estado.

Pues bien: la facción «republicana» –en la que estaban los primeros emperadores– tendía a un estilo de vida específico, opuesto al «oriental»: austero, simple, a mano. Moralístico y religioso. La casa de Augusto era modesta comparada con la de muchos senadores. Y Augusto se presentó con gusto como sacerdote, celebrando los sacrificios de la Roma prisca, el *suovetaurilia* del Ara Pacis.

Los administradores y *grand commis* de la primera fase del Imperio, siendo burgueses y no aristocráticos, tenían un motivo más para adoptar ese estilo de vida, la honesta frugalidad de honestos *manager* de Estado, en quienes la exhibición de lujos y excesos habría sido interpretada como ilícito enriquecimiento y corrupción. No es casual que el estoicismo fuera su filosofía de casta. No es extraño que esos grandes señores de reciente poder hayan mirado cordialmente a aquellos «orientales» (judíos cristianos) que no practicaban las lascivias, sino las antiguas virtudes «romanas»: la *pietas*, la *fides* (fidelidad), la *verecundia*, la *fortitudo*... En las virtudes teologales practicadas por los primeros cristianos debieron ver la «virtus» romana. Los sintieron afines, hermanos, maestros en aquellas virtudes que sabían que Roma había perdido y que querían restaurar para la solidez misma del Imperio.

En efecto, cuando sube al trono Nerón, y con él la ideología «oriental», el joven emperador proclama que con él empieza la era de la «laetitia», contra la «tristitia» de los estoicos y de los republicanos occidentales: el reino de la alegría, de las lascivias, de las crápulas en la mesa, en el circo

y en la cama, y de los excesos de todas clases. Fuera, los «*aerumnosi Solones*» (los «Solones ceñudos» de Persio), es el momento de *sexo-droga-rock'n roll*...

¿Estamos exagerando? No tanto. De hecho, en un grafito de Pompeya, escrito en la pared entre el 64 y el 79, alguien se burla de un cierto Bovio «*que hace caso a los cristianos, esos 'saevos Solones'*».

'Solones' los estoicos y 'Solones' los cristianos: unificados con un adjetivo que indica temple o voluntad moral. Pomponia Grecina, la señora de altísimo rango convertida por Pedro, dejó de ir a fiestas y a asistir a los espectáculos del circo: a causa, decía a quien se extrañaba, del luto por una amiga fallecida. Pero lo dijo durante cuarenta años. Y Tácito, que detesta a los cristianos, alaba a Pomponia por eso. Después de todo, Tácito es ferozmente «republicano»: por eso ve en la austeridad de Pomponia el pudor de las antiguas damas de la Roma arcaica, cuya desaparición lamenta. (2)

Maurizio Blondet

---

#### Notas

1) Aquel mismo año 41 d.C. Claudio envía una carta muy dura a los judíos de Alejandría, numerosísimos en la gran ciudad helénica, que causaban continuos desórdenes y choques con la parte griega de la población. Les ordena que «*no se aseguren más privilegios de los que ya tienen, que no manden embajadas distintas como si vivieran en dos ciudades diferentes, que no se infiltren en los agones* [o sea, que no manipulen el deporte, del que dependía, entonces, el favor popular y que tenía una fuerza 'política'], *que se accontenten con sus propios bienes* [sic], y *que no hagan venir por mar de Siria o de Egipto otros judíos, obligandonos así a graves sospechas*»: las sospechas son, evidentemente, por las actividades de *lobby* de la acostumbrada comunidad, tan exactamente descritas y condenadas. En la carta el emperador define esa actividad judía «*una peste común en todo el mundo*», bien visible también en Roma. [Marta Sordi, «Los cristianos y el imperio romano», Milán 2004, pág 40]

2) Pomponia Grecina será acusada de cultivar un «culto extraño» en el 57 (primeros años del reino de Nerón): la salvaron los *grand commis*, que la hicieron juzgar por un tribunal doméstico, o sea por los familiares, que la absolvieron: otra institución arcaica y «republicana», desempolvada en la ocasión. Llegarán después los tiempos en que nobles y senadores serán sospechosos de ser cristianos en secreto si apenas dan la sensación de «*inertia*», o sea de abstenerse de la vida política, de apartarse de la sociedad.

Copyright © - EFFEDIEFFE - all rights reserved.